

## Capítulo 11

Sucedío que un toro, que pertenecía a los hombres de Karlsefni, salió corriendo del bosque y bramó fuertemente al mismo tiempo. Los Skraelingar, asustados por esto, huyeron hacia sus canoas y remaron hacia el sur a lo largo de la costa. Entonces no se volvió a ver a los Skraelingar durante tres semanas completas. Al cabo de ese tiempo, se vio que se acercaba desde el sur una gran multitud de canoas Skraelingar, que se acercaban a ellos como una corriente, y esta vez los palos se agitaban todos en dirección opuesta al movimiento del sol, y los Skraelingar gritaban fuertemente. Entonces tomaron y levantaron escudos rojos para encontrarlos. Se encontraron y lucharon, y hubo una gran lluvia de proyectiles. Los Skraelingar también tenían hondas de guerra, o catapultas. Entonces Karlsefni y Snorri vieron que los Skraelingar traían postes, con una bola muy grande atada a cada uno, comparable en tamaño con el estómago de una oveja, de color oscuro; y estas bolas volaban por encima del grupo de Karlsefni hacia la tierra, y cuando caían golpeaban el suelo con un ruido espantoso. Esto produjo gran terror en Karlsefni y su gente, de modo que su único impulso fue retirarse hacia el interior del país a lo largo del río, porque parecía que multitudes de Skraelingar los atacaban desde todos los lados. No se detuvieron hasta que llegaron a unas rocas. Allí les ofrecieron una fuerte resistencia. Freydis salió y vio cómo se

retiraban. Gritó: "¿Por qué huyen de criaturas tan despreciables, valientes hombres que sois, cuando, como parece probable, podríais matarlos como a tantos animales? Déjenme solo un arma, creo que podría luchar mejor que cualquiera de ustedes." No hicieron caso a lo que dijo. Freydis trató de acompañarlos, pero pronto se quedó atrás porque no se sentía bien; los siguió hacia el bosque, y los Skrælingar dirigieron su persecución hacia ella. Encontró un hombre muerto, Thorbrand, el hijo de Snorri, con una piedra plana clavada en su cabeza; su espada yacía junto a él, así que la levantó y se preparó para defenderse con ella. Entonces los Skrælingar se abalanzaron sobre ella. Ella bajó su camisa y golpeó su pecho con la espada desnuda. Al ver esto, se asustaron, se apresuraron a regresar a sus canoas y huyeron. Karlsefni y los demás llegaron hasta ella y alabaron su valentía. Dos hombres de Karlsefni cayeron, y cuatro de los Skrælingar, a pesar de que los habían superado en número. Después de eso, se dirigieron a sus campamentos y comenzaron a reflexionar sobre la multitud de hombres que los habían atacado en tierra; ahora les parecía que una tropa había sido la que llegó en las canoas, y la otra tropa había sido una ilusión óptica. Los Skrælingar también encontraron a un hombre muerto, y su hacha yacía junto a él. Uno de ellos golpeó una piedra con el hacha, y la rompió. Les pareció inútil, ya que no resistió la piedra, y la arrojaron al suelo.

Erik el rojo